

Marco Teológico Pastoral del Trienio

Capítulo tercero

María de la Caridad

anima y acompaña a la Iglesia que quiere servir a su pueblo

51. Cristo vino al mundo a cumplir la voluntad del Padre, y la voluntad del Padre es que todos, en Él, tengan vida, vida abundante, nueva y eterna. Por eso se puso a servir y no a ser servido, para dar su vida en rescate por muchos; “el que quiera ser el primero entre ustedes, sea el servidor de todos”, les había dicho a sus discípulos. Habiendo amado a los suyos, los amó hasta el extremo... y se ciñó la toalla y les lavó los pies, y les dijo: “Yo les he dado ejemplo para que también ustedes hagan como yo he hecho con ustedes”. “¿Tú eres rey?” le preguntó Pilatos. “Yo soy rey; yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad”. Pero su Reino no es de este mundo y su reinado consiste en ganarse los corazones de los hombres obrando el bien, curando a los oprimidos por el mal, dando la vida, porque nadie tiene mayor amor que quien da la vida por sus amigos. Pasó por uno de tantos, como un hombre cualquiera, haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de Cruz. Desde la Cruz nos lo dio todo, hasta lo último que le quedaba, su propia madre: “Mujer, ahí tienes a tu hijo; y luego dice al discípulo: ahí tienes a tu Madre. Desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa” (Jn 19,25-27). La “hora” suprema de la encarnación del Verbo fue la entrega voluntaria de la propia vida al Padre: “todo está cumplido”, “en tus manos pongo mi espíritu”. Jesucristo es el rostro visible del Dios que es Amor; Jesús es el Siervo de Yahvé y el servidor

de la humanidad; es la Caridad de Dios, el amor divino humanado, el amor humano divinizado, es el Dios Amor encarnado.

52. María, en las bodas de Caná, adelanta la "hora" de su Hijo, propicia el inicio de su misión redentora, la manifestación de su verdad y amor, y nos invita a cumplir su voluntad: "Hagan lo que Él les diga" (Jn 2,5). María, presente en todos los momentos de la vida de su hijo Jesús, desde Belén hasta el Gólgota, desde el pesebre hasta la cruz, acompaña también desde el primer momento a la Iglesia naciente, visible en los discípulos de su Hijo. Ella es, en definitiva, la que como primera discípula, desde la encarnación, comienza a construir la Iglesia, la asamblea de los creyentes en Cristo.

53. Por eso María es Madre de la Iglesia, porque engendra a Cristo y porque "engendra" también a los discípulos, indicándoles el camino a seguir: cumplir la voluntad del Padre eterno, poner por obra las palabras de Cristo. Porque es Madre de Cristo, es Madre de la Iglesia; su papel con respecto a la Iglesia deriva directamente de su unión con Cristo. "Por su total adhesión a la voluntad del Padre, a la obra redentora de su Hijo, a toda moción del Espíritu Santo, la Virgen María es para la Iglesia el modelo de la fe y de la caridad. Por eso es 'miembro muy eminente y del todo singular de la Iglesia', incluso constituye 'la figura' (typus) de la Iglesia. Pero su papel con relación a la Iglesia y a toda la humanidad va aún más lejos. 'Colaboró de manera totalmente singular a la obra del Salvador por su fe, esperanza y ardiente amor, para restablecer la vida sobrenatural de los hombres. Por esta razón es nuestra Madre en el orden de la gracia' ".

54. "Como en la familia humana, la Iglesia-familia se genera en torno a una madre, quien confiere 'alma' y ternura a la convivencia familiar. María, Madre

de la Iglesia, además de modelo y paradigma de humanidad, es artífice de comunión. Uno de los eventos fundamentales de la Iglesia es cuando el 'sí' brotó de María. Ella atrae multitudes a la comunión con Jesús y su Iglesia, como experimentamos a menudo en los santuarios marianos. Por eso la Iglesia, como la Virgen María, es madre". María, en nuestra tierra, en el hoy de nuestra historia, anima y acompaña a la Iglesia cubana como madre y maestra bajo la advocación de la Caridad. También la Iglesia, como María, quiere y debe ser madre y maestra para el pueblo cubano, ejerciendo la caridad, sirviéndole generosamente.

55. "Llenen las tinajas de agua" (Jn 2,7) es el mandato de Jesús a los sirvientes, ante la presencia de su madre; y de ahí parte su primer signo milagroso. Una constante en los milagros de Jesús es que siempre cuenta con la colaboración y compromiso de quienes le rodean; en la multiplicación de los panes: "denles ustedes de comer" (Mc 6,37); en la pesca milagrosa: "rema mar adentro y echen las redes para pescar" (Lc 5,4); en la resurrección de Lázaro: "muevan la piedra"; "desátenlo y déjenle andar" (Jn 11,39-44). Jesús hace sentir a sus discípulos que su acción salvífica divina pasa por el compromiso y la implicación de quienes de ella participan. El amor de Dios, que pasa por las manos de Jesús, necesita de las manos de los discípulos para llegar definitivamente a los hombres y mujeres de su tiempo. María fue la primera discípula comprometida con la misión de su Hijo, y por eso la llamamos Virgen de la Caridad. Supo intuir la necesidad de los esposos en Caná para comprometerse con ellos. María de la Caridad es modelo de compromiso encarnado para todos los discípulos misioneros que, en Cuba, queremos seguir encarnando a Cristo.

56. “Con los ojos puestos en sus hijos y en sus necesidades, como en Caná de Galilea, María ayuda a mantener vivas las actitudes de atención, de servicio, de entrega y de gratuidad que deben distinguir a los discípulos de su Hijo. Indica, además, cuál es la pedagogía para que los pobres, en cada comunidad cristiana, ‘se sientan como en su casa’. Crea comunión y educa a un estilo de vida compartida y solidaria, en fraternidad, en atención y acogida del otro, especialmente si es pobre o necesitado. En nuestras comunidades, su fuerte presencia ha enriquecido y seguirá enriqueciendo la dimensión materna de la Iglesia y su actitud acogedora, que la convierte en ‘casa y escuela de la comunión’ y en espacio espiritual que prepara para la misión”.

57. “Y el agua se convirtió en vino” (Jn 2,9). Jesús viene al mundo para transformar la realidad humana, para convertir las tristezas en alegrías, para curar los corazones desgarrados, para liberar a los oprimidos; el ejercicio de la caridad cristiana es transformar el mundo y la vida de los hombres según el plan de Dios. La alegría humana más auténtica y duradera es la que brota de la acción liberadora de Cristo, fruto de la caridad cristiana. La caridad es el alma de la santidad de la Iglesia y el corazón de su misión. “El menor de nuestros actos hechos con caridad repercute en beneficio de todos, en esta solidaridad entre todos los hombres, vivos o muertos, que se funda en la comunión de los santos”. La caridad es la fuerza divina, virtud teologal y don sobrenatural, que nos impulsa a amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo, a amar como Cristo nos ha amado, a cumplir sus mandamientos, a vivir en la paz y en la libertad de los hijos de Dios, a practicar gozosamente el perdón y la misericordia. “La caridad representa el mayor mandamiento social. Respeta al otro y sus derechos. Exige la práctica de la justicia y es la única que nos hace capaces de ésta. Inspira una vida de

entrega de sí mismo: 'Quien intente guardar su vida la perderá; y quien la pierda la conservará' (Lc 17,33)". Al final de la vida, los discípulos de Cristo seremos examinados en el amor caritativo, pues "cada cosa que hicieron a uno de estos mis humildes hermanos, a mí me lo hicieron" (Mt 25,40).

58. La caridad es el servicio que presta la Iglesia para atender constantemente los sufrimientos y las necesidades, incluso materiales, de los hombres. El ejercicio de la caridad pertenece a la naturaleza de la Iglesia y es manifestación irrenunciable de su propia esencia. La justicia nace de la caridad. "El amor –caritas– siempre será necesario, incluso en la sociedad más justa. No hay orden estatal, por justo que sea, que haga superfluo el servicio del amor. Quien intenta desentenderse del amor se dispone a desentenderse del hombre en cuanto hombre. Siempre habrá sufrimiento que necesite consuelo y ayuda. Siempre habrá soledad. Siempre se darán situaciones de necesidad material en las que es indispensable una ayuda que muestre un amor concreto al prójimo". La actividad caritativa de la Iglesia ha de ser la respuesta a las necesidades inmediatas de los pobres, independiente de partidos e ideologías, sin ningún afán proselitista.

59. El papel fundamental de los laicos en la vida de la Iglesia, en relación con el mundo, es transformar la realidad, viviendo su vocación laical en la fe, la esperanza y la caridad. "El deber inmediato de actuar a favor de un orden justo en la sociedad es más bien propio de los fieles laicos. ...la caridad debe animar toda la existencia de los fieles laicos y, por tanto, su actividad política, vivida como 'caridad social' ". El amor de Cristo nos apremia para comprometernos en la construcción de una sociedad más justa y caritativa, más acorde con los principios del Evangelio. Hemos de seguir haciendo

nuestra, la opción preferencial por los pobres, tan sentida y vivida en nuestras Iglesias hermanas de América Latina y el Caribe. La Iglesia en Cuba ha de seguir creando nuevos espacios para la asistencia social, para la promoción humana, para el diálogo con el mundo de la cultura y de la política; hay que buscar caminos nuevos y creativos, propios o en colaboración, a fin de responder a los efectos de la pobreza en todas sus manifestaciones. En Cuba también hay pobres... pobres en lo material y pobres en lo espiritual. En palabras de la Beata Madre Teresa de Calcuta, pobre es el que no tiene a Cristo. El modelo que tenemos en María de la Caridad nos reclama constantemente una caridad vivida y encarnada en lo concreto de la vida cotidiana.

60. “Uno de los objetivos prioritarios del Plan de Pastoral que ustedes han elaborado – dijo el Papa a nuestros obispos – es justamente la promoción de un laicado comprometido, consciente de su vocación y misión en la Iglesia y en el mundo. Les invito, por tanto, a promover en sus Iglesias particulares un auténtico proceso de educación en la fe en los diversos niveles, con la ayuda de catequistas debidamente preparados. Procuren que todos los fieles tengan acceso a la lectura y meditación orante de la Palabra de Dios, así como a la recepción frecuente del sacramento de la Reconciliación y la Eucaristía”.

61. Por el sacramento del bautismo, incorporados a Cristo, los laicos participan de la misión de la Iglesia, sacerdotal, profética y caritativa, según su carácter propio secular. La confirmación es el sacramento que perfecciona la gracia bautismal y que nos da en plenitud el Espíritu Santo para incorporarnos más firmemente a Cristo y hacer más sólido nuestro vínculo con la Iglesia, asociándonos todavía más a su misión, ayudándonos a dar

testimonio de la fe cristiana por la palabra acompañada de las obras. Por la confirmación, que es la plenitud del bautismo, el discípulo de Cristo es revestido de la fuerza del Espíritu Santo para ser su testigo, recibe el poder de confesar la fe de Cristo públicamente como tarea o misión.

62. En el tercer año de preparación al Jubileo del 2012, se nos invita a revisar la disciplina del sacramento de la confirmación en relación con el bautismo y la Eucaristía, que completan la iniciación cristiana. La promoción de la identidad laical pasa por fundamentar su especificidad en la gracia sacramental del bautismo y de la confirmación. La gracia de la confirmación es la plenitud del don del Espíritu Santo que impulsa a los laicos a la misión y al compromiso con la transformación de la sociedad, siendo testigos de Cristo con la palabra y las obras. María acompañó a los Apóstoles en la espera del Espíritu Santo. La Virgen fue uno de los miembros de la Iglesia de Jerusalén. Ella, en esa comunidad eclesial, transmite los primeros hechos y experiencias de la vida salvadora de su Hijo, recogidos posteriormente en los Evangelios de Mateo y Lucas. Que Santa María de la Caridad también acompañe a todos los cubanos y cubanas que, cristianos católicos por el bautismo, quieren comprometerse con Cristo y su Iglesia para siempre, recibiendo el sacramento de la confirmación, como discípulos misioneros.

63. Y de nuevo ponemos los ojos en Santa María de la Caridad. "Detenemos la mirada en María y reconocemos en ella una imagen perfecta de la discípula misionera. Ella nos exhorta a hacer lo que Jesús nos diga (cf. Jn 2,5) para que Él pueda derramar su vida en América Latina y el Caribe. Junto con ella, queremos estar atentos una vez más a la escucha del Maestro, y, en torno a ella, volvemos a recibir con estremecimiento el mandato misionero de su hijo:

Vayan y hagan discípulos a todos los pueblos (Mt 28,19). Lo escuchamos como comunidad de discípulos misioneros, que hemos experimentado el encuentro vivo con Él y queremos compartir todos los días con los demás esa alegría incomparable”.

110 Cf. Sal 40,8-9; Lc 2,49; Jn 4,34; 17,4; Mt 26,39; Lc 22,42.

111 Cf. Jn 6,38-40.

112 Cf. Mt 20,25-28.

113 Cf. Jn 13,1-16.

114 Cf. Jn 18,36-37.

115 Cf. Hch 10,38.

116 Cf. Jn 15,13.

117 Cf. Flp 2,7-8; cf. Heb 5,7-10.

118 Cf. Jn 19,30; cf. Lc 23,46.

119 Cf. Benedicto XVI, *Deus caritas est*, 12. Cf. *Aparecida*, 392: “Nuestra fe proclama que Jesucristo es el rostro humano de Dios y el rostro divino del hombre”.

120 Al inicio de la vida pública de Jesús, encontramos a María en las bodas de Caná, cuando su Hijo realiza su primer milagro, como consecuencia de la intercesión de la Virgen. El imperativo de la madre de Jesús a los sirvientes de la fiesta matrimonial, “hagan lo que él les diga”, traspasará las fronteras del pequeño marco de Caná en el siglo I, para indicar a los hombres y mujeres de todos los tiempos, la obediencia a la palabra salvadora de Jesús.

Justamente, la narración del primer milagro del Señor, esclarece, de modo admirable, desde la relación de la Virgen con su Hijo, el lugar de ella en la Iglesia: no suplanta a Jesús, pues Él es quien obra el milagro; María sólo intercede. Ella lleva a hombres y mujeres a su Hijo, no a sí misma; pues el Salvador es Jesús. Sigue a Jesús hasta la cruz, cuando es abandonado por la casi totalidad de sus Apóstoles; asociándose al sacrificio de la cruz, la Iglesia la llama con razón la Virgen fiel. Y allí, en la cruz, Jesús agonizante la entregó como Madre a Juan, como Madre de la Iglesia

naciente.

121 Cf. Mt 7,21-27.

122 Cf. Catecismo, 963-975.

123 Lumen gentium, 53.

124 Lumen gentium, 63.

125 Lumen gentium, 61.

126 Catecismo, 967-968.

127 Aparecida 268.

128 Cf. PGP, 30: "El Evangelio de la vida, que la Iglesia en Cuba pretende encarnar en la historia concreta de nuestro pueblo, implica el compromiso de los cristianos hasta la entrega de la propia vida ("no hay mayor amor que dar la vida", Jn 15,13) en el anuncio de Jesucristo, en la defensa y promoción de la plena dignidad humana y en la construcción de un mundo más humano y fraterno".

129 Juan Pablo II, Novo millennio ineunte, 50.

130 Juan Pablo II, Novo millennio ineunte, 43.

131 Aparecida, 272.

132 Cf. Lc 4,18-22.

133 Cf. Catecismo, 826.

134 Catecismo, 953; cf. 1Cor 13,1-13.

135 Cf. Catecismo, 1822-1829.

136 Catecismo, 1889.

137 Cf. Benedicto XVI, Deus caritas est, 19.

138 Cf. Benedicto XVI, Deus caritas est, 25; cf. ENEC, 273: "Toda la actividad de la Iglesia es, simplemente, 'címalo que resuena' (1Cor 13,1) si no nace de la caridad, se nutre de ella y apunta a la concreción de la misma en actitudes y realizaciones de servicio fraterno y desinteresado".

139 Benedicto XVI, Deus caritas est, 28.

140 Cf. Benedicto XVI, Deus caritas est, 31.

141 Cf. Benedicto XVI, *Deus caritas est*, 39: "Fe, esperanza y caridad están unidas. La esperanza se relaciona prácticamente con la virtud de la paciencia, que no desfallece ni siquiera ante el fracaso aparente, y con la humildad, que reconoce el misterio de Dios y se fía de Él incluso en la oscuridad. La fe nos muestra a Dios que nos ha dado a su Hijo y así suscita en nosotros la firme certeza de que realmente es verdad que Dios es amor".

142 Catecismo, 1939.

143 Benedicto XVI, *Deus caritas est*, 29: "La Iglesia nunca puede sentirse dispensada del ejercicio de la caridad como actividad organizada de los creyentes y, por otro lado, nunca habrá situaciones en las que no haga falta la caridad de cada cristiano individualmente, porque el hombre, más allá de la justicia, tiene y tendrá siempre necesidad de amor".

144 Cf. *Aparecida*, 380-430.

145 Cf. PGP, 46.

146 Cf. *Aparecida*, 409.

147 Benedicto XVI, *Discurso a los obispos de Cuba en visita ad limina*. Cf. PGP, 9: "Queremos un laicado que, consciente de su vocación y misión, privilegie su acción pastoral entre y con las familias y los jóvenes, y participe en la transformación de la realidad tanto eclesial como social".

148 Cf. *Lumen gentium*, 31; cf. PGP, 38.

149 Cf. Catecismo, 1285-1321.

150 Cf. Benedicto XVI, *Sacramentum caritatis*, 17-19.

151 Cf. Hch 1,14.

152 *Aparecida*, 364.